



Orquesta servia.

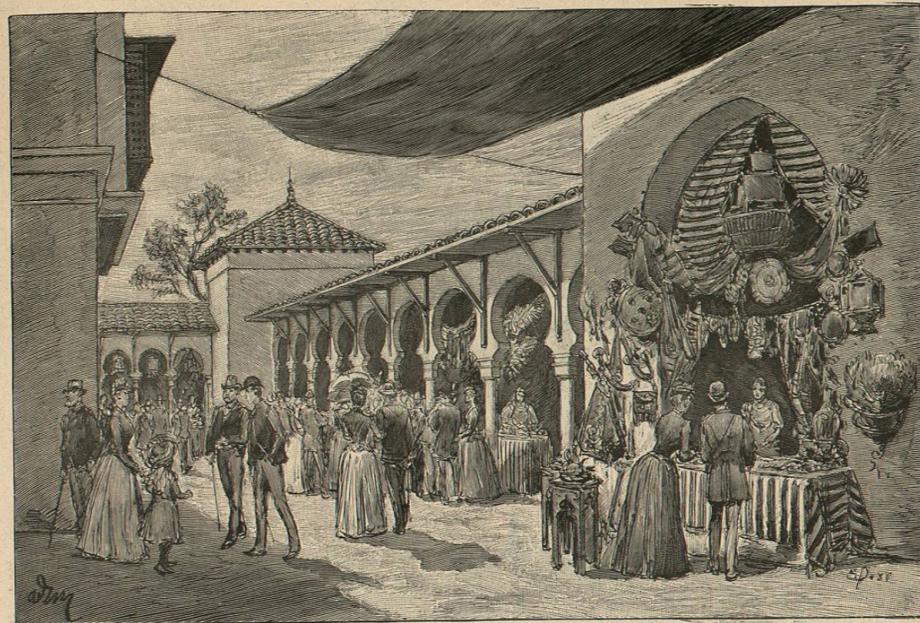
Prefieren leer á P. Loti ó á Eliseo Reclus á ir á ver por sus propios ojos y oír por sus propios oídos.

Así, pues, nada de extraño tiene que, sabiendo que no irían jamás á ella, haya ido á ellos la montaña. París hace aun milagros. Ha quedado, pues, en su divino papel diciendo un día: «Dejad que vengan á mí las pequeñas músicas.»

¡Y han venido! Han venido, no ya sólo las que se oían recientemente en el Trocadero, en la gran sala de los conciertos, en presencia del órgano inmenso reducido al silencio, no ya sólo los címbalos, tamboriles, siflas, *binious*, cornamusas, violas, flautines ó pitos, machetes y *tutti quanti* (tutti-pan-pan-quantí), sino también las músicas de la Explanada, los javaneses, los anamitas, y todavía, en el Campo de Marte, la música de los rumanos, la flauta de Pan, cuyo instrumentista pone en las estrellas sus sonidos sobregudos, semejantes á los gritos desesperados de una raza mucho tiempo esclava; y sobre todo, aquí ó allá, bien me comprendéis, acompañando la extraña danza del vientre, el fiero rascar que ataca los nervios y pone los pelos de punta, el fiero rascar ó serrar de los violines en que los moros lucen sus habilidades filarmónicas.

¡Ah! ¡las pequeñas músicas! Esto es lo que va á rehabilitar el órgano de Barberi... En fin...

EMILIO GOUDEAU



El bazar de Marruecos

## MARRUECOS

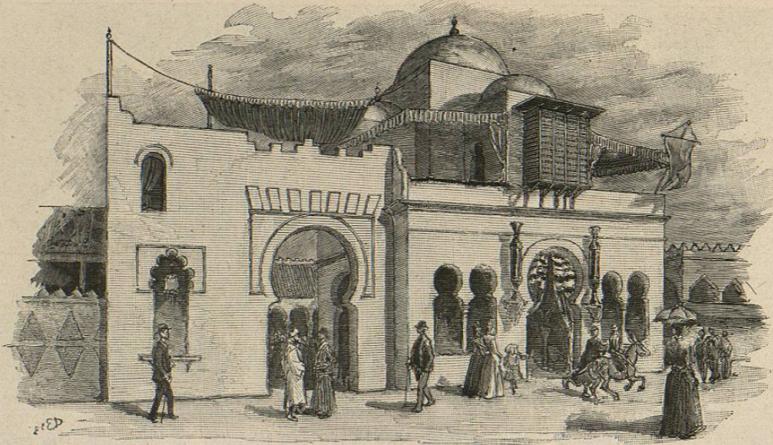
Está muy artísticamente compuesto el edificio, *dar* ó mezquita, que contiene los escasos productos de la industria marroquí, comprendiendo toda una serie de abigarradas construcciones, como son café, pabellones, galerías de arcos exagerados, al rededor de la calle del Cairo.

Esta mezquita, porque mezquita hay, se llama en lengua oficial el Pabellón imperial. Afecta la forma de un cubo coronado por una cúpula y blanqueado todo con cal. Un adoquín, en que se hubiera colocado media naranja, daría la reducción exactísima del monumento. La fachada es de bello aspecto con su gran puerta, sus dos ventanas de arco de herradura, las demás aberturas en forma de estrella que lo alumbran y las blancas y caladas almenas que ciñen su azotea.

Pasada la puerta aparece una especie de *loggia* cuyas paredes están revestidas de azulejos y cuyo plafón es verde y rojo recordando los colores del Profeta. En un ángulo está arrollada á su asta la roja bandera de Marruecos.

Penetremos en el santuario, es decir en la sala cuadrada que cobija la cúpula: cuatro paredes blancas y desnudas, y al rededor, en lo alto, á manera de friso, cuatro enormes inscripciones cúficas sacadas del Corán: «No hay nada por encima de Allah.»

Por desgracia, no podemos decir que no hay nada por encima de los productos industriales expuestos á nuestra vista. Estos productos, tanto más preciosos, cuanto más raros, prueban sin embargo que el trabajo no ha desaparecido aun completamente del extremo Magreb. A pesar de todo, pueden señalarse esos cinturones dorados sobre



El Café marroquí

fondo verde, esos tapices de lana á rayas rojas y azules, separadas por una línea amarilla, esas bocachas ó trabucos cuya enorme culata de madera de ébano está labrada por manera elegantísima, esas maletas de cuero marroquí, nombre obligado como nobleza, rojos y verdes con clavos dorados. Pueden señalarse también sus platos de cobre y sus azulejos; porcelanas con ornamentos azules sobre fondo blanco, algunos especímenes de porcelana verde, frascos, tazas, platos, pebeteros y, detalle que me ha sorprendido, gran número de pilas para agua bendita.

Ahora vienen los abanicos, las babuchas rojas, las camas, los tapices, los taburetes, los sables de empuñadura de cuerno con adornos de oro y vainas de terciopelo rojo ó verde. Y siguen los jaeces ó arreos de montar, último orgullo y lujo supremo de los descendientes de Mahoma: caparazones de oro, frenos relucientes, acicates ó espuelas enormes, grandes estribos de cobre cerrados; y finalmente albornoces blancos y pardos con bellotas rojas; tapices de seda bordados sobre fondo amarillo con flores azules, violadas y rojas; linternas curiosamente trabajadas y las eternas babuchas y las sempiternas *chechias*.

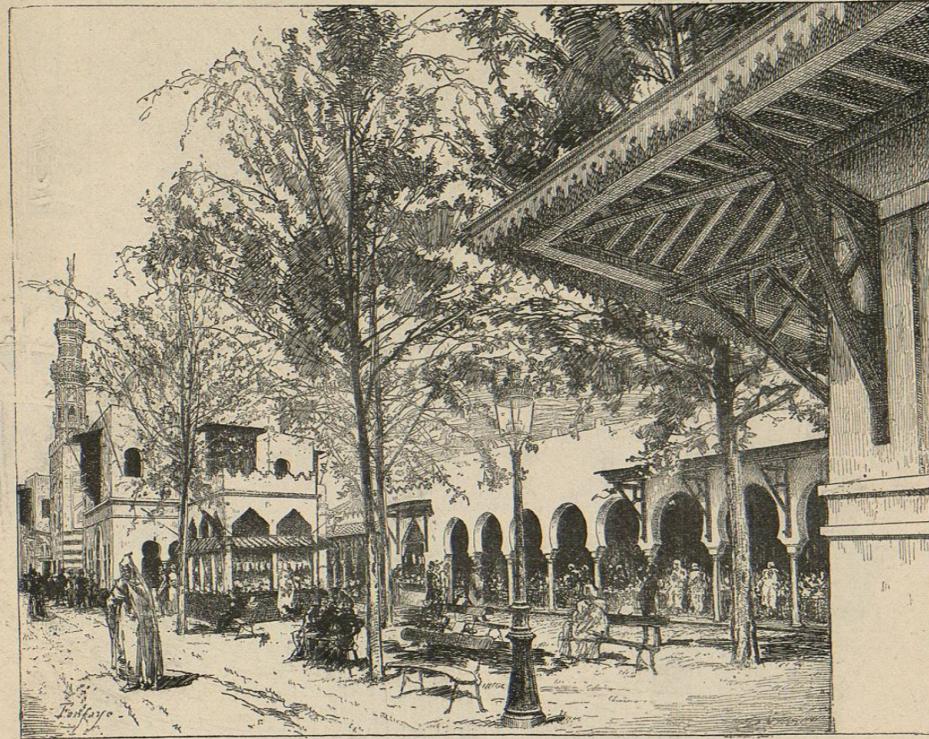
Creo que es este el inventario completo de la industria marroquí.

Algunos indígenas, cuya siesta interrumpimos, nos dan sin embargo de buen grado todas las explicaciones que les pedimos. Según sus informes, los jaeces y los azulejos proceden de Fez; los tapices y albornoces se han fabricado en Rabat, y el raso y las sedas bordadas en Tetuán.

Después de esto, una sonrisa y un apretón de manos y desaparecen por detrás de un tapiz formando buen retiro, enigmáticos y dignos como en los lienzos de Eugenio Delacroix ó de Enrique Regnault.

Por fuera, al rededor de la mezquita, hay una feria ó mercado, que llaman marroquí, donde judíos, árabes y malteses exhiben los mil objetos, siempre los mismos, en venta en todos los bazares de Oriente y aun en el Palais-Royal.

¡Oh! este bazar es muy animado con los gritos de los vocingleros de toda edad, de toda religión, de toda nacionalidad. Efebos, demasiado bellos á veces, ofrecen limonadas y jarabes; otros nogado ó sea turrón de nueces, *rat-lukun*, confituras; otros feces, babu-



La feria marroquí y la calle del Cairo

chas, esencia de rosa, pastillas del serrallo, flautas, pipas, rosarios, puñales de hierro bruñido con mango de madera esculpida, brazaletes cerrados con dos bolitas, huevos de aves-truz para colgarlos del techo y lagartos disecados de Biskra.

Y después esta evocación ó recuerdo del Oriente cómico. Un judío, en su traje y con barba embetunada, anunciando su mercancía por el modo conocido: «¡A veinticinco francos, á veinticinco francos cincuenta!» mientras que un musulmán de color de bronce, que hace más blancos sus dientes, nos persigue con su monótona cantinela: «Mosiú, Madam, comer el buen confite de Marruecos!»

La galería de arcos dividida en compartimientos donde están las instalaciones de las mercancías, se extiende á lo largo de un gran patio, puesto al abrigo de las inclemencias del cielo por un inmenso toldo blanco con cenefas y recortes azules, sujeto con cuerdas de crin blancas y negras. Bajo este toldo, y también en un cafetín dispuesto á la manera oriental, y al son de la *tarabuka* y de unas castañuelas de hierro, asistimos otra vez más á la eterna danza del vientre, meneo de caderas y de seno.

Este paseo al Marruecos de la Exposición me ha divertido tanto más, cuanto que hacía un sol característico, digámoslo así, y acababa de recibir una carta de un amigo, de camino para Tenerife, dándome pormenores de Tánger. Dirigiéndome pues al Campo de Marte he creído acompañarlo hacia las islas Afortunadas.

«A cosa de las dos de la madrugada, me he embarcado en la rada de Algeciras, á